

Niños de la guerra en México: la desterritorialización como consecuencia del exilio a través de Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman

Juan Antonio Godoy
Harvard University
jgodoy@fas.harvard.edu

El estallido de la Guerra Civil española el 17 de julio de 1937 marcó un antes y un después en la sociedad española. Las consecuencias de este conflicto tuvieron un impacto mucho más allá de las fronteras españolas, especialmente en aquellos países que acogieron a los exiliados que huían de las represalias del gobierno franquista. La política de puertas abiertas de Lázaro Cárdenas atrajo a miles de familias a México que llegaron en numerosas oleadas buscando refugio mientras esperaban la caída del régimen. Entre estas familias se encontraban las de Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz Huberman, futuros escritores que se establecieron en la capital mexicana con apenas trece años el primero y tan sólo seis la segunda. A diferencia de sus padres, ellos no habían decidido marchar al exilio de forma voluntaria, puesto que no tenían una conciencia plena de la situación debido a su corta edad. Sin embargo, se vieron forzados a enfrentarse a la experiencia del exilio durante su infancia, lo que provocó el nacimiento, con el paso del tiempo, de un nuevo discurso identitario nacionalista basado en la desaparición de las fronteras geográficas como elemento primordial. Este ensayo pretende explorar el surgimiento de una identidad desterritorializada a través de una aproximación a las memorias –pseudomemorias– de ambos escritores partiendo de las teorías de Deleuze y Guattari posteriormente desarrolladas por críticos como Joris Pierre y Rosi Braidotti y su interpretación del sujeto nómada.

Palabras clave: exilio, fronteras, desterritorialización, sujetos nómadas

The outbreak of the Spanish Civil War on July 17, 1937 marked a before and after in Spanish society, and the consequences of this conflict had an impact far beyond the Spanish borders, especially in those countries that welcomed exiles fleeing the reprisals of the Franco government. The open-door policy of Lázaro Cárdenas attracted thousands of families to Mexico that arrived in numerous waves seeking refuge while awaiting the fall of Franco. Among these families were those of Carlos Blanco Aguinaga and Angelina Muñiz Huberman, future writers who settled in the Mexican capital at ages thirteen and six, respectively. Unlike their parents, they had not decided to go into exile voluntarily, since they did not have a full awareness of the situation due to their young age. However, they were forced to face the experience of exile during their childhood, which led to the birth, over time, of a new nationalist identity discourse based on the disappearance of geographical boundaries as a

primary element. This essay aims to explore the emergence of a deterritorialized identity through an approach to memories –pseudomemories– in both writers, based on the theories of Deleuze and Guattari, subsequently developed by critics such as Joris Pierre and Rosi Braidotti, and their interpretation of the nomadic subject.

Keywords: exile, borders, deterritorialization, nomadic subjects

Introducción

Ser exiliado no es sólo renunciar al país de acogida, de forma temporal o permanente, por miedo a las represalias políticas, sino que la palabra exilio conlleva unas implicaciones mucho más profundas y cuyas huellas perduran incluso después del deseado regreso. Exiliarse significa abandonar el hogar en el que se nace, romper los lazos familiares y comunitarios; implica una pausa temporal en la configuración identitaria del ser, el miedo a quedar colgado en un limbo sin referentes. Al mismo tiempo, indica una lucha entre el deseo de un pronto regreso, la necesidad de adaptarse al nuevo lugar de acogida y el aferramiento a una imagen del país de origen que no es real, sino creada por la nostalgia y los recuerdos. En definitiva, supone asumir un nuevo rasgo identitario, la condición de exiliado, que antes nunca se había considerado como elemento clave del ser. No obstante, un hecho agrava aún más el proceso de asimilación en el caso de la segunda generación de escritores exiliados tras la Guerra Civil española. Frente a la primera generación, conscientes de que su circunstancia de exiliados venía marcada por su creencia en una ideología contraria a la establecida en el poder en España, los niños de la guerra no tenían ningún elemento que les ayudara a entender su situación y, por lo tanto, les facilitase una más temprana aceptación de su nueva circunstancia vital. Los niños pasan a formar parte del conflicto civil de forma forzada, se les asigna un bando y, con ello, se les marca el destino.

Junto a la exhumación del cadáver del dictador Francisco Franco del Valle de los Caídos y el surgimiento de movimientos nacionalistas de ultraderecha, en 2019 se cumple el 80 aniversario del exilio español. La combinación de estos tres eventos en un mismo año invita a reflexionar sobre la necesidad de seguir recuperando, analizando y profundizando en las consecuencias del exilio que sufrieron miles de ciudadanos tras la Guerra Civil española. Con esta tarea se han organizado numerosos congresos y exposiciones tanto fuera como dentro de las fronteras españolas.¹ Además, se

¹ Congreso Internacional “El exilio republicano español y el campo literario francófono” en París Nanterre (4–5 de octubre de 2019); Congreso Internacional “Del Exilio republicano a la Transición democrática: balance historiográfico” en Albi y Toulouse (8–10 de octubre de 2019); Congreso Internacional “Yo no invento nada. El exilio republicano de 1939 como tema en la literatura y el cine” por parte de Saint Louis University en Madrid (9–11 de octubre 2019); Congreso Internacional “Mujeres en el exilio republicano de 1939” en el Instituto Cervantes de Madrid (16–18 de octubre de 2019); Simposio Internacional “Keeping Spain’s Exiles in the Americas and Maryland Alive in Our Hearts (1939-1989-2019) en la Universidad de Maryland (23–24 de octubre de 2019); Congreso Internacional “Literatura i Exili” en Tarragona (23–25 de octubre de 2019); Congreso Internacional “L’esilio republicano spagnolo in Italia. Ottant’anni dopo” en Nápoles (29–30 de octubre de 2019); Coloquio Internacional “El exilio español de 1939 y la cuestión judía” en Madrid (5–7 noviembre de 2019); XVI Congreso Internacional “Exilio y Humanidades: las rutas de la cultura. Ochenta años después” en San Sebastián (5–9 noviembre de 2019); Congreso Internacional “80th Anniversary of the Republican Exile of 1939: Lessons from and of a Modern World” en Preston por la universidad de Central Lancashire (5 y 6 de diciembre de 2019).

suman a esta tarea numerosos artículos, libros y tesis doctorales que han visto la luz en los últimos años, tales como *Tres aproximaciones al discurso identitario de las escritoras españolas en el exilio mexicano* (2016), coordinado por Eugenia Houvenaghel, el *Diccionario bibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (2017), a cargo de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García, o *Exilio, infancia perdida, identidad e imposibilidad de retorno: En el balcón vacío de Jomí García Ascot y María Luisa Elío Bernal* (2016), de Eduardo Mateo Gambarte. No deben olvidarse tampoco las obras que los propios exiliados siguen escribiendo en la actualidad, así como las que escribieron en años pasados pero apenas empiezan a salir a la luz, obras en las que el tema del exilio y la identidad juegan un papel importante. Prueba de ello es la reciente obra de Angelina Muñiz-Huberman, *Los esperandos. Piratas judeoportugueses... y yo* (2017), donde la autora afronta el tema del exilio como un fenómeno histórico recurrente, puesto que no retrocede al exilio por la Guerra Civil española, sino al que sufrieron cientos de personas tras la Inquisición en 1492. En el mismo año, se publicó también el cuaderno de Aurelia Moyà-Freire, *Ma vie en France: Cahier d'exil d'une adolescente espagnole, 1939 - 1943*, el cual empezó a escribir a la edad de catorce años durante sus primeros meses de exilio en Francia.

De los casi 500.000 españoles que atravesaron la frontera con Francia entre finales de enero y principios de febrero de 1939, la mitad de ellos había regresado a España antes de finales de año y unos 21.000 marcharon a México (Alted Vigil 2002, 129). Además, entre esos 21.000 exiliados se encontraba un importante sector de la intelectualidad del momento (políticos, científicos, escritores...). Lázaro Cárdenas, presidente de México en ese momento, abrió las puertas a miles de ciudadanos españoles ofreciéndoles la nacionalización y una nueva tierra donde rehacer sus vidas. Así, miles de mexicanos recibieron en el puerto a los españoles exiliados que llegaban a bordo de barcos (*Sinaia, Ipanema, Méxiqne...*). No obstante, en un principio, no fue una medida popular entre el pueblo mexicano, entre otras razones, por los conflictos internos con los gachupines—españoles que habían inmigrado a México previamente en busca de negocios, así como por la religión o el patriotismo español.² En 1949 México contaba con 32.705 exiliados, de los cuales el 51% tenía menos de catorce años (Artis 1976, 217).

Carlos Blanco Aguinaga, Inocencio Burgos, Aurora Correa, José de la Colina, Gerardo Deniz, Eduardo Domínguez Aragonés, Manuel Durán, María Luisa Elío Bernal y Angelina Muñiz-Huberman son solamente algunos de los españoles que llegaron a México siendo niños o adolescentes. Estos niños que, en ocasiones llegaron acompañados de sus familiares y, en otras, en expediciones infantiles, llegaron siendo refugiados que buscaban asilo temporal. Tal es así que, incluso desde antes de marchar al exilio, padres e hijos ya estaban pensando en el regreso. Todos los críticos e historiadores están de acuerdo en señalar que los exiliados, sin importar el país al que fueran, tenían una gran esperanza, primeramente, en la victoria del bando republicano y, una vez perdida la guerra, en la pronta caída del franquismo. Así lo recuerda María L. Fernández, exiliada en la URSS: “¿Por qué no estudiáis más el ruso? ¡Tenéis que aprenderlo! Y algunos le contestaban tan seguros: No nos va a hacer falta. Ya verá,

² Eduardo Mateo Gambarte profundiza deternidamente en la recepción de los exiliados españoles en México en *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México* (1996, 44–53). También Carlos Blanco Aguinaga comenta este hecho en su artículo “La cuestión de la vuelta en los poetas del exilio mexicano” (2003).

la guerra de España termina pronto y regresaremos para casa” (2011, 47). Por esto último, muchos de los exiliados en Europa participaron de forma activa en la Segunda Guerra Mundial apoyando a las fuerzas socialistas, ya que pensaban que la derrota de las fuerzas fascistas alemanas e italianas conllevaría también el fin de la dictadura en España. A esta idea de temporalidad contribuye también el establecimiento de un gobierno republicano de España dentro de México. No obstante, el fin de la Segunda Guerra Mundial y la permanencia de Franco en el poder provocó que los exiliados entendieran que el regreso no iba a ser algo inminente y que, tanto adultos como niños, dejaran de ser refugiados para convertirse en exiliados.

Estos niños de la guerra tienen en común, entre otros factores, el haber abandonado España durante su infancia acompañando a sus familiares o en expediciones infantiles en búsqueda de una vida mejor, ya bien durante la Guerra Civil española o tras el fin de esta, huyendo de las posibles represalias del régimen del general Franco. Al mismo tiempo, todos ellos forman parte de lo que Francisco de la Maza denominó “generación Nepantla”, Nuria Parés, “generación fronteriza” y Arturo Souto, “generación hispano-mexicana”.³ Este último adjetivo es el que posteriormente han seguido utilizando críticos como Susana Rivera, Eduardo Mateo Gambarte y Bernard Sicot para hacer referencia a aquellos niños de la guerra que abandonaron España durante la Guerra Civil española para establecerse en México y que, después de unos años, se convirtieron en escritores. No obstante, se ha utilizado, erróneamente, como sinónimo de este el término “segunda generación”. Mientras que el concepto de “generación hispano-mexicana” abarca a todos aquellos niños de la guerra convertidos en escritores que recalaron únicamente en el país gobernado por Lázaro Cárdenas, el de “segunda generación” es mucho más amplio, ya que no hace ninguna diferenciación en cuanto al país que acogió a estos niños, fuese México, la URSS o cualquier otro. De este modo, puede entenderse a los hispano-mexicanos como miembros de un subgrupo dentro de la segunda generación de escritores exiliados tras la Guerra Civil española.

Entre todos los niños y niñas que marcharon al exilio este ensayo presta atención a las figuras de Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman. El primero había nacido en Irún, lugar que abandonó diez años más tarde para cruzar la frontera a Francia donde permaneció junto a su familia hasta 1939, año en el que llegó a México a bordo del barco *Orinoco*. No obstante, a partir de 1953, para desarrollar su carrera como profesor se instaló en Estados Unidos, país que lo vio morir en 2013. Por otro lado, Muñiz-Huberman, de origen judío, nació en el camino al exilio pues su madre se encontraba en Hyères huyendo de las tropas franquistas cuando se puso de parto en 1936. Llegó a Cuba en el *Oropesa*, en 1939, donde permaneció hasta 1942 cuando se trasladó de forma definitiva a México, en cuya capital reside actualmente. Con una diferencia de diez años entre el momento del nacimiento de uno y otro, ambos han desarrollado una exitosa trayectoria literaria en la que el exilio se ha convertido en uno de los pilares centrales, tanto de su obra de ficción como de su obra autobiográfica. Es esta última la que va a ser objeto de análisis en este artículo ya que, tanto Blanco

³ El término “Nepantla” proviene del náhuatl y significa “en medio”. El adjetivo “fronteriza” proviene de un poema de Nuria Parés que posteriormente popularizó Luis Rius en su artículo “Los españoles en México: historia de una doble personalidad” (1967). Finalmente, el calificativo “hispano-mexicana” fue utilizado por primera vez por Arturo Souto en 1987 en su obra *El exilio español y la UNAM* (cit. en Eduardo Tasis Moratinos, 2004, pos. 333, Kindle).

Aguinaga en sus dos volúmenes de memorias—*Por el mundo: infancia, guerra y principio de un exilio afortunado* (2007) y *De mal asiento* (2010)—como Muñiz-Huberman en sus pseudomemorias—*Castillos en la tierra* (1995) y *Molinos sin viento* (2001)—reflexionan, de forma directa o indirecta, sobre la configuración de su identidad, especialmente en cuanto al concepto de nación, dando lugar así a un discurso identitario nacional con muchos puntos en común.⁴

Este trabajo tiene como fin explorar la configuración de la identidad nacional de Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman a partir de su obra autobiográfica. Con este objetivo, en primer lugar, voy a situar a ambos autores como miembros de la generación hispano-mexicana, destacando la cronología de este grupo y sus características principales. Asimismo, voy a establecer los principales problemas a los que se enfrenta dicha generación a la hora de configurar una identidad nacional propia. En segundo lugar, voy a analizar los rasgos de dicho discurso nacional que aparece en las obras autobiográficas ya mencionadas a la luz del concepto de desterritorialización de Deleuze y Guattari, en diálogo también con otros críticos como Sophia McClennen y Rosi Braidotti.

Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman, miembros de la generación hispano-mexicana

Antes de considerar las características de la generación hispano-mexicana o, en su sentido más amplio, de la segunda generación de escritores exiliados por la Guerra Civil española, cabe preguntarse quién pertenece a este grupo. Desde un punto de vista cronológico, Mateo Gambarte ha señalado las fechas de 1924 y 1939 como parámetros para delimitar a dicha generación (1996, 9). Por otro lado, Angelina Muñiz-Huberman establece las fechas de 1924 y 1937 (1999, 157). Estas son las mismas que determina Enrique de Rivas (2013, 30). También coinciden con las propuestas por Bernard Sicot al hablar del grupo poético de los hispano-mexicanos (2003, 15). Susana Rivera comparte la misma fecha para delimitar el fin de la generación, aunque establece su inicio en 1925 (1990, 33). Roberto Ruiz dispone unos límites temporales para hacer referencia a este grupo, concretamente, los de 1920 y 1930 (1991, 149). Es Fernando Larraz el crítico que ofrece un abanico temporal más amplio, pues data a esta generación desde 1920 a 1942 (2011, 584).

A pesar de las diferentes clasificaciones presentadas, yo abogo por una propuesta diferente que recoja a toda la segunda generación de escritores exiliados por la Guerra Civil española. Esta alternativa no está basada en el momento de nacimiento de los escritores, sino en la edad con la que estos parten al exilio, ya que considero como punto clave de dicho grupo el hecho de que hayan marchado al exilio con dieciséis años o menos, es decir, mientras eran niños o en la primera adolescencia. De este modo, forman parte de la segunda generación y, por tanto, de la generación

⁴ El término “pseudomemorias” fue creado por Angelina Muñiz-Huberman para denominar un tipo de escritura que, como señala Miguel Ángel Quemain (2015): “ha diluido las fronteras entre géneros diversos si bien complementarios y en otros, francamente en oposición, como la autobiografía, el ensayo, las memorias, el testimonio para entrar en una forma diferente de universalizar la experiencia a través del relato de una vida” (381).

hispano-mexicana, todos aquellos niños que nacieron en España, o en el peregrinaje de la huida, y que vivieron la experiencia del exilio con dieciséis años o menos. Ahora bien, varios críticos se han encargado, de forma acertada, de establecer una división dentro de la segunda generación entre aquellos que marcharon al exilio siendo adolescentes y aquellos que eran aún muy niños. De hecho, Mateo Gambarte, en relación a los establecidos en México, expone que aquellos que llegaron de adolescentes se manifestaron principalmente en la revista *Presencia*, mientras que los que llegaron de niños crearon las revistas *Clavileño* y *Segrel* (2013, 68). También hace referencia a dicha división Juan Rodríguez (2013, 304). Por otro lado, Enrique de Rivas señala incluso la existencia de tres grupos: aquellos que llegaron siendo adolescentes—Ramón Xirau, Manuel Durán, Nuria Parés, Carlos Blanco Aguinaga, Jomí García Ascot y Tomás Segovia; los que llegaron teniendo entre ocho y diez años—César Rodríguez Chicharro, José Pascual Buxó, Luis Rius y Enrique de Rivas; y los que llegaron siendo párvulos—Gerardo Deniz, Francisca Perujo, Angelina Muñoz-Huberman y Federico Patán (2013, 30–31). No obstante, Mateo Gambarte, en un trabajo reciente, rechaza la división en subgrupos, tanto desde un punto de vista personal como literario, por dos razones: en primer lugar, porque ello sería aferrarse a los primeros años de los autores en México; y, en segundo lugar, porque esas diferencias van desapareciendo a medida que los autores se van integrando en el ámbito cultural mexicano (2017, 14–15).

En relación a las características de esta generación y con motivo del congreso *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: ¿adónde fue la canción?*, Roberto Ruiz, miembro también de dicha generación, afirma:

De radical importancia fue nuestra conciencia del exilio, diametralmente opuesta a la de nuestros padres. Ellos se habían desterrado de un ambiente vivido y percibido; nosotros, de un ambiente difuso, alterado por las incertidumbres de la infancia y los estragos de la guerra. Si queríamos ocuparnos de España, teníamos que volverla a inventar; para hablar de la nueva residencia nos faltaban recursos y conocimientos; además, al país de adopción le sobaban cronistas mejor situados. Esta fue la corriente vital que impulsó a muchos a la poesía: la reflexión lírica podía prescindir de referencias exteriores, y la materia del exilio, más accesibles que los recuerdos y los proyectos, se adaptaba perfectamente a la vía poética. En cambio, los aprendices de narrador, nos vimos obligados a un esfuerzo titánico de memoria y de imaginación, y al riesgo de que nos acusaran, como me acusó a mí más de un ingenuo, de “falsear la realidad”. (1991, 151)

Esta cita es indicativa de los rasgos que van a marcar profundamente la peculiar situación de esta generación: una conciencia del exilio configurada en oposición a la de los mayores, la formación en un contexto confuso por los continuos cambios de residencia sin aparente motivo, la ausencia de una imagen de España en sus mentes y, por consiguiente, el uso de la imaginación para recrear los recuerdos, así como la necesidad de crear una narrativa “coherente”, fruto del enfrentamiento entre la memoria y el ingenio. En ese mismo trabajo, Ruiz defendió también como rasgos de esta generación la seriedad artística, el odio al mal gusto y el respeto por la cultura (1991, 151). Por otro lado, Pascual

Buxó, poeta de dicho grupo, estableció otras cuatro características. En primer lugar, destacó la inseguridad provocada por la inestabilidad de sus primeros años de vida tanto en su país de origen como en su país de acogida (cit. en Rivera 1990). En relación a dicha inseguridad, Tere Medina, otra niña de la guerra, afirmaba: “Creo que mi mundo –mi mundo anterior, bajo la tutela de mis padres, controlado por ellos, previsible según sus decisiones– se fue al demonio en ese instante en que, sin razonarlo, comprendí que yo era un ente aislado, independiente, al que se podía amenazar, empujar, obligar a lo que fuera, tal vez eliminar, sin que mis padres pudieran ya nunca más protegerme y aislarme de lo ‘malo’” (2007, 66).

Posteriormente, Buxó destaca la presencia de una España idealizada. Debido a la escasa presencia de recuerdos, muchos de estos niños recrearon una España basada en las historias y recuerdos de sus familiares que no se correspondía con la realidad. Federico Patán hablaba así de este tema en sus memorias:

Dándole vueltas en la cabeza un día, noté de pronto que parte de lo recordado estaba visto desde la perspectiva del conductor. . . . Por un lado la calle vista a través de mis ojos; del otro, el niño visto por los ojos del conductor. Imposible precisar dónde está la verdad y dónde lo inventado. Quizás una verdad nueva surgió de combinar ambos elementos: recuerdo parte de lo sucedido y parte lo recogí de escuchar (probablemente más de una vez) lo narrado por la familia. Quede la anécdota, no obstante, como símbolo de un problema fundamental: el exilio. (2010, 12)

En tercer lugar, señala la influencia mayoritaria de la literatura española, especialmente de la generación noventayochista. En relación a esto, Susana Rivera también había hablado de una educación de marcado tono humanístico como rasgo de este subgrupo (1990, 31). Finalmente, Buxó señala el desligamiento espiritual con México y sus problemas con el objetivo de permanecer arraigados en España (cit. en Rivera 1990, 33). De hecho, muchos de estos niños fueron a colegios creados por exiliados y permanecieron aislados de los mexicanos, a lo que haré referencia más adelante al hablar del concepto de “burbuja cultural”.

En sus reflexiones sobre el exilio, Angelina Muñiz-Huberman recapacita sobre el significado del exilio y concluye que este es “un salto afuera” que conlleva la caída en un vacío tanto espacial como temporal y que, al mismo tiempo, origina la necesidad de buscar nuevos márgenes que permitan al sujeto echar nuevas raíces (1999, 174). No obstante, es este salto afuera el causante de una profunda y compleja red de traumas e intentos fallidos para establecerse como individuo de una comunidad. El ser humano se aferra al concepto de nación para sentirse parte de un grupo de personas con las que cree compartir unos rasgos o elementos identitarios. En relación a esto, Benedict Anderson afirma que la nación, la nacionalidad y los nacionalismos son “cultural artifacts of particular kind” (1983, 4). El empleo del vocablo “artefacto” ya indica que el concepto de identidad nacional es una construcción cultural. Tal es así que el propio Anderson propone la siguiente definición del término “nación”: “It is an imagined political community—and imagined as both inherently limited and sovereign” (6). Según este crítico, la nación es imaginaria en cuanto que sus miembros jamás conocerán a la mayoría de sus compatriotas con los que comparten unos rasgos que les hace sentirse parte de una misma comunidad.

Así como imaginaria, la nación está limitada por la existencia de unas barreras, más o menos flexibles, y también es soberana por el nacimiento del concepto en un momento en el que la Ilustración y la Revolución francesa estaban destruyendo el orden dinástico-jerárquico. Finalmente, el sentimiento de comunidad crea un efecto de camaradería entre millones de personas, muchas de ellas incluso dispuestas a morir por su nación. Fue el deseo de no perder el contacto con esos miembros con los que compartían una identidad lo que llevó a los exiliados a crear centros y escuelas de exiliados en los países de acogida, de modo que les permitiera establecer una continuidad con la identidad nacional que habían establecido previamente en sus países de origen, llevándolos así a crear lo que Juan Carlos Pérez Guerrero ha denominado una “burbuja cultural” (2004, 668).

Sin embargo, la segunda generación de exiliados no podía establecer dicha continuidad por carecer de una identidad nacional propia debido a su temprana edad. Esto nos lleva a plantearnos, por tanto, varias cuestiones a la luz de la obra de Blanco Aguinaga y Muñiz-Huberman: ¿Son entes carentes de una identidad nacional? ¿Qué papel juega la identidad nacional de sus padres y la identidad nacional de la comunidad que los ha acogido? ¿Es posible crear una identidad nacional basada en la combinación de ambas o, por el contrario, crean una identidad nacional alejada de la confrontación de estas? Y en último lugar, ¿existe una identidad nacional propia de la comunidad del exiliado?

Dicho esto, es necesario entender la identidad no como un elemento estable y fijo, sino como algo en constante movimiento y en proceso de formación, tal y como afirma Pérez Guerrero: “Se introduce así un nuevo elemento que rompe con la idea sustantivizada de identidad como un todo de notas constitutivas fundamentalmente estáticas, e introduce el dinamismo, la *procesualidad* como elemento intrínseco del discurso identitario, remitiéndonos a un sistema informacionalmente abierto al medio social en el que el yo esencialista se convierte en un yo devenir que interpreta la información procedente de su interioridad y exterioridad para generar un discurso social de identidad en constante construcción” (2004, 664).⁵

Es decir, la identidad es una producción que nunca está completa, sino que forma parte de un proceso constitutivo a través de la representación (Hall 1994, 222). Dentro de este proceso son muchos los factores que afectan a la segunda generación de escritores exiliados: por un lado, la constante insistencia de los mayores en la necesidad de conservar su identidad española; en segundo lugar, los países de acogida de estos niños, así como también la educación recibida en dichos países y el contacto con otros exiliados. También afecta a dicho proceso el momento en el que se empiezan a asimilar los cambios provocados por el exilio; es decir, si el niño asume estos cambios como algo natural y parte de su ser o si bien estos conforman un trauma o un obstáculo que se ve reforzado por la constante presencia de la nostalgia, la infancia perdida, la España idealizada y la creencia en el pronto regreso. De hecho, también Pérez Guerrero se encarga de destacar la importancia del regreso como elemento fundamental en la construcción de un discurso identitario en relación con los exiliados en México: “La construcción de un proyecto de vida centrado en el regreso o la permanencia, en la transitoriedad o definitividad del exilio, perfilará un discurso identitario basado en su necesidad de

⁵ La cursiva es mía.

distinguibilidad y reafirmación, o por el contrario, en su difuminación, que nunca anulación, bajo la finalidad clara de una integración social al medio mexicano” (2004, 666).

Esta concepción cambiante del término “identidad” no hace más que añadir una mayor complejidad a las preguntas que hacíamos en la página anterior. ¿Presentan Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman diferentes identidades nacionales a lo largo de sus vidas? ¿De qué forma evolucionan y a qué se debe esta transformación?

Carlos Blanco Aguinaga y Angelina Muñiz-Huberman: en búsqueda de una identidad nacional propia

María Teresa González de Garay Fernández afirma que Carlos Blanco Aguinaga ha evolucionado hacia una identidad cosmopolita e internacionalista como consecuencia, en parte, de los valores éticos y de compromiso social y políticos que él siempre defendió (2016, 261). No obstante, esta identidad, fruto de dicho compromiso, es también causa de su propia experiencia del exilio y de su experiencia nomádica entre España, Francia, México y Estados Unidos. Tras residir en España hasta la edad de nueve años y después de dos años y medio en Francia, marcha a México. A partir de los dieciséis comienza sus visitas a Estados Unidos, concretamente al estado de Ohio y después a la universidad de Harvard, y posteriormente establece su residencia en California donde trabaja en numerosas universidades como profesor. Son estos múltiples destinos los que han llevado a González de Garay a señalar a Blanco Aguinaga como un “vasco-español-americano universal” (2016, 278). De forma similar, aunque añadiendo un adjetivo más, lo califica Francisco Rico al referirse a él como “vasco, mexicano, español, norteamericano” (2014, 700). Y es en su obra autobiográfica, tanto en *Por el mundo* como en *De mal asiento*, donde el propio Aguinaga explica el papel que cada país tiene en la construcción de esa identidad cosmopolita e internacionalista. Ya, en el inicio de sus primeras memorias, Blanco Aguinaga confiesa: “Claro que de muy pequeño, tres, cuatro, cinco años, no me acuerdo de casi nada. Pero sí –para siempre– de mi calle, la calle Santiago de Irún” (2007, 9). El hecho de que sea su calle en Irún el único recuerdo que posee de sus primeros años de vida es prueba del fuerte lazo existente entre Blanco Aguinaga y su identidad vasco-española. La calle Santiago se va a convertir en un símbolo de parte de su identidad vasco-española que se repite a lo largo de la obra. En la segunda parte de su autobiografía, *De mal asiento*, Blanco Aguinaga reitera el lugar que ocupa este espacio en su identidad nacional: “Porque, vamos a ver, además de ser mexicano, ¿qué soy yo sino español y vasco? Y, si me apuran, ¿qué soy yo (si es que alguien ES algo), nacido en la calle Santiago de Irún, Guipúzcoa, sino vasco? Ya. Pero eso no resuelve nada porque, en realidad (¿en el fondo?) uno es –o en su vida va siendo– muchas cosas, y uno se entrega, con mayor o menor dedicación a los conflictos sociales que importan, aquí o allá” (2010, 104).

Dejando a un margen el carácter evolutivo de su identidad y el lugar que le corresponde al compromiso en esta, de lo cual se hablará más tarde, Blanco Aguinaga refuerza, a lo largo de su obra, la vinculación con su lugar de origen. Tal es así que confiesa que, a partir de 1976, ha pasado la mitad de su vida en España, puesto que pasaba seis meses en Estados Unidos y los otros seis meses en su

país de origen. Además, al inicio de su primera obra autobiográfica, él mismo afirma a modo de pregunta retórica que debemos buscar en los orígenes nuestra verdadera realidad, orígenes que no son más que otra alusión a ese fragmento de identidad vasco-española a la que vengo haciendo referencia: “Porque, por mucho que trotemos, ¿dónde si no en los orígenes ha de estar la realidad que podemos apresar como indiscutiblemente nuestra, si es que alguna vez apresamos o entendemos algo?” (2007, 14). De hecho, es tan fuerte el vínculo entre el niño y la calle en la que nació que Blanco Aguinaga realiza una comparación con el cordón umbilical entre madre e hijo: “Una memoria que, por supuesto, siempre nos da sus datos de manera fragmentada: . . . esa calma o beatitud que llena la cara de los niños mecidos en brazos de sus madres, o de sus tías, o de un abuelo, o de unos tíos que les hacen gracias para que puedan estar en el mundo como si nunca fuese a romperse el corazón umbilical de la madre, de la tribu, de la calle en la que esos niños han nacido” (2007, 14–15).

De hecho, Giuliana Di Febo se encarga de señalar la importancia del momento en el que cruzan la frontera en la formación de la identidad de los niños de la guerra, ya que atravesar las fronteras del país de origen marcaba la ruptura con el cordón umbilical materno (1997, 468). Es dicha ruptura durante la infancia la causante de su “frustrado intento” de reincorporarse a la tierra en la que nació, tal y como lo afirma Aguinaga al final de su obra (2007, 295).

Una vez atravesada la frontera, Francia entra en juego en cuanto a la construcción de una identidad nacional se refiere. De hecho, Blanco Aguinaga confiesa que es tras su llegada a Hendaya cuando él empieza a formar su identidad: “Aunque lenta y conflictiva, tan segura era aquella asimilación que alguna vez he llegado a pensar que el pueblo en el que empecé a ser quien esto escribe es Hendaya” (2007, 69). Hendaya supuso el primer lugar de aprendizaje de forma consciente. Tuvo que enfrentarse a la adquisición de un nuevo idioma, a la arquitectura de una nueva ciudad, a los juegos de una nueva cultura. En definitiva, tuvo que ser consciente de que había otras formas de ser diferentes de aquellas con las que había convivido durante sus primeros años de vida. A pesar de ello, puesto que tan sólo estuvo en Francia apenas dos años y medio, es esta la que ocupa un lugar menos importante en su obra autobiográfica.

Pronto aparece en *Por el mundo* una “mexicanidad” muy acusada que va a desarrollar, posteriormente, al dedicarse a los estudios chicanos en Estados Unidos. En su segunda obra autobiográfica confiesa haberse nacionalizado mexicano al igual que muchos otros miembros de su generación (2010, 14). Y no sólo se ha nacionalizado mexicano, sino que durante sus años como profesor en La Jolla, California, se dedicó a proteger a los estudiantes mexicanos y chicanos y a fomentar los estudios chicanos en Estados Unidos. De hecho, fue el consejero de MAYA (Mexican American Youth Association), el primer grupo de estudiantes chicanos de la universidad, puesto que él mismo aclara que “era el único profesor de habla española del campus” y que “era –además– mexicano” (216). En el capítulo seis de la segunda parte de su autobiografía, se puede observar su involucramiento con los estudiantes mexicano-americanos y, también, con los afroamericanos con los que compartían estos una situación de discriminación. Además, son numerosas las ocasiones en las que se refiere a México como el lugar al que volver: “nuestro mundo estaba en México, eso era indiscutible, y a México teníamos que seguir volviendo para algún día quedarnos allí” (149).

Finalmente, en cuanto al papel de los Estados Unidos, es curioso que tanto González de Garay Fernández (2016) como Rico (2014) le calificasen de americano a pesar de que, en ningún momento, el escritor de origen vasco se identifica como tal a lo largo de su obra autobiográfica. Aunque ha pasado gran parte de su vida en este país, Blanco Aguinaga no siente los Estados Unidos como parte de un posible esquema espacial identitario y es que, a diferencia de los otros tres países a los que vengo haciendo referencia, llegó a los Estados Unidos por primera vez cuando tenía dieciséis años y se asentó en él con veintisiete. Si nos acercamos a la identidad desde un punto de vista psicológico, Eugenio González González habla de la adolescencia como una etapa en el ser humano en la que este aborda los problemas y la realidad de una forma distinta al mismo tiempo que busca su lugar dentro de la sociedad (2004, 311). El hecho de que Blanco Aguinaga marchara a Estados Unidos habiendo superado ya su adolescencia puede explicar que este país no ocupara la misma posición que los anteriores mencionados. Al llegar a Estados Unidos ya había empezado a nacer en él esa identidad internacional, cosmopolita y comprometida, y su presencia en este nuevo país no hace más que ratificarla sin, por ello, ocupar un lugar dentro de una posible identidad nacional. A esto puede sumarse el hecho de que fuera testigo de numerosos episodios de racismo contra el sector negro de la sociedad durante su estancia en Baltimore, en Johns Hopkins University, así como de otros episodios que iban en contra de su ideología y, por lo tanto, esto probablemente también impidiera una total identificación con aquel país. De hecho, este rechazo ocupó un lugar más importante cuando, durante su estancia en La Jolla, se dedicó al activismo político a favor de los chicanos y de los afroamericanos junto a Ángela Davis y Herbert Marcuse.

El compromiso social y su creencia en la igualdad entre los seres humanos condujo a Blanco Aguinaga a desarrollar una identidad desterritorializada e internacional alejada de las fronteras, de las divisiones sociales y de las nacionalidades. Junto al activismo político, dicho compromiso también se ve reflejado en otros episodios de su vida, a los que él mismo hace referencia: “A veces me pregunto que qué se me había perdido a mí en Bolivia en agosto de 1971 y no puedo sino creer que es que también soy latinoamericano. A lo que no puedo sino añadir que supongo que lo que perdí en Bolivia el verano de 1971, como en Chile en septiembre de 1973, es lo mismo que perdí en Irún el 4 de septiembre de 1936” (2007, 58).

Una vez dicho esto, ya al final de su primer libro, ponía fin a su cuestionamiento identitario nacional al eliminar cualquier rasgo de supremacía que hubiese entre las distintas naciones en las que había vivido e igualarlas a todas ellas como elementos conformantes de su ser:

Cuando empieza la Guerra Civil tengo nueve años y antes de mis diez, tras la caída de Irún, ya estamos refugiados en Francia donde, como los demás chavales, tengo que aprender otra lengua y tratar de entender otro mundo; a mis doce años vamos a dar a México, donde todo vuelve a ser nuevo, radicalmente diferente, incluso la lengua, siendo la misma: a los dieciséis voy por primera vez a USA, a aquella escuela preparatoria para ricos de Ohio; antes de cumplir los dieciocho estoy en Harvard, desde donde, entre una cosa y otra, conozco casi toda la Nueva Inglaterra, Indiana y Nueva York. . . . ¿Qué más mundo quería ver? (2007, 228)

La pregunta retórica con la que ponía fin a ese párrafo, dentro de un capítulo al que tituló “Navegando”, induce a pensar en la existencia de una identidad nomádica que encuentra su forma de ser en el tránsito, en el aprendizaje de nuevas culturas, lenguas y naciones, sin establecer, entre ellas, una jerarquía fundamentada en fronteras. Sus orígenes en Irún, su habilidad para “entender otro mundo” al llegar a Francia, su capacidad para asimilar las diferencias y similitudes que el dialecto mexicano le ofrecía, su experiencia como estudiante por múltiples destinos de Estados Unidos habían hecho de Carlos Blanco Aguinaga un ser desterritorializado. Además, él mismo se define como tal al afirmar que se ha convertido en un ser internacional que abraza el nomadismo como elemento de su identidad y de la de su familia: “¿por qué no pensar que nuestro mundo sería la relación entre dos, tres, varios mundos, y que yo, como Iris, y con nosotros los hijos, seríamos internacionales?” (2007, 150). De este modo, su residencia en cuatro países, su vida profesional rodeada de un mundo intelectual marcado por extranjeros y por la reivindicación de la cultura chicana en Estados Unidos, sus constantes viajes a España desde finales de los sesenta, su compromiso político tanto en España como en Estados Unidos y su compromiso con las minorías y los diferentes movimientos de liberación latinoamericanos habían hecho de él, de Iris, su mujer, y de sus hijos, “una familia de transhumantes” (2007, 92). Blanco Aguinaga era un escritor cuya posición intelectual le llevaba a luchar contra las convenciones sociales. De hecho, María Paz Balibrea, en el *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, afirma que “el ir y venir vital y profesional entre continentes responde –al tiempo que conforma– a una identidad diaspórica que condiciona tanto la diversidad de intereses intelectuales como la particular visión del mundo de Blanco Aguinaga” (cit. en Aznar Soler y López García 2017, pos. 16356–16362 Kindle).

Por otro lado, Angelina Muñiz-Huberman titula su poética del exilio “el canto del peregrino”. Utilizando la metáfora del peregrino que “camina de tierra en tierra”, se refiere al exilio eterno, es decir, a su posición como nómada que se va a convertir en el motor de su escritura (*El canto* 1999, 178). Y es que Muñiz-Huberman afirma sobre esta generación que es un “grupo de escritores que, según avanza el tiempo, se empeñan en la patria del lenguaje” (160). Sus dos obras autobiográficas, a las que ella misma denomina pseudomemorias, incluyen un constante simbolismo de la figura del nómada. Al inicio de *Castillos en la tierra*, la narradora pone en boca de Alberina, su alter ego, las siguientes palabras: “Los días del hotel Gillow pasaron. Alberina volverá una y otra vez a recordarlos. Ha nacido su gusto por los hoteles: su deseo intermitente de vivir en ellos. Su idea de que estar en un hotel es una aventura calculada: un escape: un desdoblamiento. Un elegir lo extraño y lo inesperado. Una proposición fragmentada de vidas, propias y ajenas. Una relación de historias: una gran mentira: o una sencilla verdad” (1995, 25).

De esta forma, y especialmente en la sociedad transnacional y global que predomina a finales del siglo veinte, el hotel se convierte en símbolo del transeúnte sin hogar, sin arraigo a una tierra en particular. El hotel se configura como espacio por antonomasia del extranjero, como punto no sujeto a las limitaciones geográficas de un país, lugar de encuentro de culturas, de mestizajes, lugar en el que el hecho de ser extranjero se convierte en la norma entre ciudadanos de ese microcosmos, es su principal rasgo definitorio. El hotel se erige en metáfora del exilio, pues esta generación vive permanentemente en el viaje. A través de este símbolo, Muñiz-Huberman pretende crear un espacio

en el que predomine “la idea de una transgresión de fronteras y de una fertilización cruzada entre culturas más allá de las fronteras nacionales y más allá de distancias geográficas”, tal y como afirma Eugenia Houvenaghel al analizar el espacio y la identidad en su obra ensayística (2015, 96). También Braidotti, quien se autodefine como sujeto nómada, se encarga de destacar su afecto por los lugares de tránsito: salas de las estaciones y aeropuertos, tranvías, autobuses de servicio continuo, etcétera. De hecho, se refiere a ellos como “zonas intermedias en las que todos los vínculos quedan suspendidos y el tiempo se extiende a una especie de presente continuo; oasis de no pertenencia, espacios de desapego” (2000, 52).

Como espacio antagónico a este se encuentra la casa, lugar de refugio establecido en el marco geográfico de una nación. No obstante, en *Molinos sin viento*, la casa se ha convertido también en un espacio transferible, que no está anclado a la tierra, sino que, al igual que el exiliado, va cambiando de un espacio a otro:

Porque se ha acostumbrado a que una casa es lo más cambiante que pueda existir. Una casa es un cuarto, pero es también un barco, un hotel, una calle, el patio del colegio, el árbol en un parque, el cine al que siempre va, el asiento de un avión y el bolsillo de su falda. Con tantas casas a su alcance se distrae describiéndolas. Las describe para no olvidarlas, porque su corta, aunque larga vida de experiencias, se ha visto marcada por el constante cambio de casas. No sólo de casas, sino de ciudades. No sólo de ciudades, sino de países. No sólo de países, sino de continentes. (2001, 10)

De este modo, la casa ha perdido ese sentido tradicional de refugio estable y fijo al que volver. La casa es, para Muñiz-Huberman, algo movable, un espacio que es capaz de atravesar ciudades, países, continentes. En relación al símbolo de la casa en *El canto del peregrino*, Vandebosch (2015) destaca la concepción, en un primer lugar, del exilio en sí como morada, como lugar al que regresar. Para reforzar esta idea, cita unas palabras de la propia autora en el epílogo de la obra: “Cuando comprendí que el exilio era mi casa, abrí la puerta y me instalé. Me instalé cómodamente” (1999, 187). Posteriormente, Vandebosch explica que la casa ha evolucionado hacia espacios “menos abrigados y protectores”, ya que Muñiz-Huberman afirma que “[l]os exiliados no conocen casa. Sino puertas. Fronteras. . . . Tránsitos” (1999, 187). Sin embargo, el símbolo de la casa sigue transformándose y de estos espacios liminales como el de la puerta se convoca un espacio de otro tipo, un espacio “sin límites ni fronteras, que es el espacio amplio de la patria del lenguaje y de la creación artística, espacio de total libertad” (Vandebosch 2015, 78). De esta forma, en ese binomio entre casa-hotel, Muñiz-Huberman se decanta por el hotel como “espacio de refugio”, como espacio propio de su ser. El hotel ha ido ocupando progresivamente el espacio de la casa, entendida esta como identidad propia, convirtiéndose este en un espacio cuyas fronteras han ido ensanchándose hasta desaparecer.

Otro elemento recurrente es la presencia de la fábula. Normalmente el cuento ha sido asociado a la memoria oral y a los niños y, al mismo tiempo, es el refugio de la cultura popular, de las raíces y las tradiciones folclóricas de un pueblo, al igual que lo eran los cantares de los juglares en la época medieval. La conversión de los recuerdos en cuentos que acompañan al individuo durante su madurez refleja la asimilación del pasado, de su herencia cultural, como parte constructora del presente del

escritor del mismo modo que un niño empieza a construir su futuro a partir de las narraciones orales provenientes de sus padres. Así, Muñiz-Huberman aboga por la asimilación de la herencia española como una parte más de su identidad, pero sin establecer una relación de unicidad respecto a esta.

En su obra *Dulcinea encantada* (1992) que, a pesar de no ser denominada pseudomemorias, contiene una gran carga autobiográfica, leemos en el primer sello:⁶

Yo soy yo. Yo soy yo. Yo soy yo. Y si no, me pongo a leer. Que es lo mismo. Mejor dicho, lo opuesto. Yo no soy yo. Yo soy Penélope. Yo soy Orlando. Yo soy Rodrigo Díaz de Vivar (no doña Jimena, muy aburrida dama), soy Dulcinea, soy Santa Teresa, soy una de las hermanas Bronte, probablemente, Emily. Ah, también soy Elizabeth Browning, por intermedio de Virginia Woolf. Pero podría ser también algún cabalista hispanohebreo del siglo XVII: algún marino famoso del siglo XVI. O algún personaje de Walter Scott (creo que Rob Roy), o de Joseph Conrad (¿Lord Jim?). (22)

Penélope es uno de los personajes más destacados de la literatura griega, Orlando, de la italiana, Rodrigo Díaz Vivar, de la española, al igual que Dulcinea y Santa Teresa, Emily Brontë, una de las novelistas inglesas de mayor resonancia, Elizabeth Browning, poeta inglesa a la que llega a través de Virginia Woolf, otra inglesa, al igual que lo son los personajes Rob Roy y Lord Jim también, pero todos ellos conforman lo que es Angelina Muñiz-Huberman, es decir, un sujeto sin fronteras, un sujeto desterritorializado que no necesita de una nación que la defina, sino que es el mestizaje cultural, fruto de todas estas lecturas, su rasgo identitario más significativo.

Al margen de estos símbolos que nos hacen ver el carácter desterritorializado de Muñiz-Huberman, también aborda la relación entre los diferentes países que han marcado su vida, al igual que lo hacía Blanco Aguinaga. En relación a unas fotos, escribe: “De todas las fotos Alberina prefiere las europeas, que le despiertan mayor interés: representan lo desconocido y lo propio perdido. Las de América, son lo conocido, lo vivido, aunque lo impropio. Son dos las actitudes a que la enfrentan las fotografías. La melancólica y la realista. La que no puede ser y la que es” (2001, 122). Al comparar las fotos provenientes de Europa con las que tienen a América como trasfondo está contraponiendo los dos grandes espacios geográficos en los que se ha desarrollado su vida. Europa representa lo desconocido pues, a pesar de haber nacido en ella, no recuerda nada porque abandonó Francia siendo un bebé. Frente a ella, América aparece como símbolo de lo cotidiano, de lo común, de lo frecuente. En un primer momento, parece anteponer el espacio geográfico de origen sobre el de acogida. Sin embargo, esta actitud no se mantiene firme durante mucho tiempo. Unas páginas más tarde, reflexiona sobre el papel que parece jugar México, un espacio transitorio según afirmaba: “Por esa idea de que México era la transitoriedad, Alberina vivía el momento con plena lucidez. . . . En todo caso, México era el presente activo y el futuro a recordar” (125). Esta transitoriedad era debida al prometido pronto regreso al que estuvieron sometidos los niños de la guerra por parte de sus padres, familiares y amigos.

⁶ La obra está dividida en sellos, no en capítulos.

Frente a esta tierra de paso, “surgen pequeñas exclamaciones de simpatía: mira, como en España: mira, como en Francia. Y se sienten en casa” (140). Francia y España se dibujan como el lugar al que volver.

No obstante, a medida que avanza su reflexión sobre el lugar que ocupa cada uno de estos países, Muñiz-Huberman va dejando al margen las connotaciones restrictivas en términos geográficos que cada país conlleva. Tanto es así que ella misma escapa de esa melancolía nostálgica de su tierra de origen y de ese sentimiento de transitoriedad del país de acogida al exponer: “yo soy hija de refugiados españoles. . . . Porque tampoco allí [ella] va a ser española-española. Sus padres sí. Pero, se acaba de dar cuenta, que ella no. En primer lugar, no nació en España. En segundo lugar, por más que pronuncia la ce, su acento será mexicano” (202–203). El momento que Alberina deja de elegir entre su país de origen y el de acogida es cuando empieza a asimilar su multiculturalidad como rasgo identitario propio. Además, esta dubitación de Alberina parece disolverse si recurrimos de nuevo a *Dulcinea encantada*: “¿Que si disfruté ser exiliada? Pues sí. No lo puedo negar. Yo sé que hubo quienes sufrieron, lloraron y se lamentaron. Es cierto, les tocaba hacerlo. ¿Pero a mí? ¿Qué me tocaba o qué se esperaba de mí? Por lo pronto, me definí en la indefinición. No era nada: ni española ni mexicana. Porque la posición cómoda, la de la mayoría, era la hibridización: somos hispanomexicanos” (1992, 59).

De esta forma, Muñiz-Huberman rechaza una vinculación única tanto al país de origen como al de acogida y simplemente acepta la indefinición como un estado permanente. Además, también reflexiona sobre la posibilidad de haberse definido como exiliada, pero incluso esta opción le pareció inadecuada posteriormente pues también habría dejado de serlo tras la muerte de Franco en 1975 (1992, 60). Ante esta resolución, una vez más, asume “ese deseo de borrar fronteras: de dejar de ser una, para ser el otro. Ambicionar la pluralidad” como parte de su ser (65), deseo que aparece no sólo en *Dulcinea encantada*, sino también en *Castillos en la tierra* cuando afirma que Alberina “se especializa en borrar fronteras” (1995, 105) y dos páginas más tarde reitera que “otra vez más se han borrado las fronteras” (107).

La existencia de un exilio provoca un fenómeno por el que, aparentemente, se crean dos conceptos diferentes de nación. Según McClennen, “the exile’s nationalism is usually contrary to the versions of nationalism and national identity fostered within the nation’s borders” (2004, 26). En *Nations and Nationalism*, Gellner expone que esto es debido, entre otras razones, al control del discurso nacional por el sector de la sociedad que ostenta el poder. En oposición a dicho poder, en este caso, al discurso nacional creado por el franquismo, Blanco Aguinaga y Muñiz-Huberman han generado una nueva narrativa basada en una identidad nacional nómada y desterritorializada. Se trata de una resolución en la que el individuo, debido a su falta de arraigo a una tierra, pues en ninguna de ellas encuentra suficientes elementos con los que identificarse completamente, ha decidido buscar otros rasgos que lo definan. De este modo, es el mismo hecho de no tener una vinculación única a un espacio geográfico lo que constituye su identidad. Por lo tanto, aparece el nomadismo como componente de una identidad que, en términos de Fernando Aínsa, miembro de esta generación y teórico de la cartografía de la pertenencia, “ya no es unívoca –territorio, lengua y menos aún étnica– sino múltiple, capaz de esgrimir, según qué circunstancia o conveniencia, uno u otro pasaporte” (2012, 80).

De este modo, cuando Blanco Aguinaga y Muñiz-Huberman se reivindican en su posición fuera de las fronteras están reafirmando como seres nómadas, pero, al mismo tiempo, transnacionales. Como aclara McClennen, el transnacionalismo y el posmodernismo gozan de gran aceptación en la última parte del siglo veinte como resultado del cambio físico y conceptual que sufre el término “nación”, que se ha visto debilitado al cuestionarse la relación entre nación y estado (2004, 35). No sólo Muñiz-Huberman o Blanco Aguinaga, sino gran parte de los autores de esta generación que publican a partir de los años 80 del siglo veinte, son testigos del nacimiento de un transnacionalismo que parece resolver el enfrentamiento identitario con el que muchos de ellos llevaban años conviviendo. De hecho, al igual que las obras de Goytisolo, Dorfman y Peri Rossi, la narrativa de estos autores sugiere que el transnacionalismo “may be liberating to the subject because nationalism always implies the repression of difference” (McClennen 2004, 36). Además, Braidotti señala la importancia del nomadismo como estado definido por la “subversión de las convenciones sociales” (2000, 31). No obstante, desde la perspectiva de Braidotti, el sujeto nómada puede entenderse como un proceso más elevado al desterritorializado. Es decir, la figuración de su sujeto nómada, o *nómade* como ella misma escribe, debe entenderse como un sujeto que ha buscado en el desplazamiento y en la transición una forma de resistencia a la asimilación y homologación con las formas dominantes de representación del yo (62).

Es decir, no es tan importante el viaje como la oposición del individuo contra el dogmatismo imperante por la fuerza dominante en el poder. A pesar de ello, y a diferencia de la figura del exiliado, la cual ella misma vincula principalmente a la condición de extranjería, Muñiz-Huberman y Blanco Aguinaga han pasado de ser sujetos exiliados, desterritorializados y extranjeros a sujetos nómadas. Es decir, se han valido de su forzado exilio para asimilarlo y formar, a partir de él, una poética nómada como si de un arma de combate subversiva se tratase, en términos de Pierre Joris (2003, 26). Utilizan su identidad intelectual, políglota y movable para crear un discurso identitario alternativo a la identidad española única que lo había exiliado.

En definitiva, un exilio heredado, la promesa de un pronto regreso, la creación de una burbuja cultural, el surgimiento de una España imaginaria a partir del relato de padres, familiares y de sus “propios” recuerdos, la asunción de su pertenencia a la España refugiada (en su mayoría), así como la realización del viaje de regreso, bien temporal o bien permanente, han resultado en la configuración de una identidad nacional desterritorializada. La experiencia del exilio los ha llevado a configurar una identidad sin fronteras espaciales o geográficas que posteriormente han decidido abrazar en aras de la multiculturalidad y el rechazo hacia las imposiciones ideológicas como elementos definitorios de su discurso identitario. De este modo, y parafraseando a Sharon Keefe Ugalde, la fluidez, la movilidad, el movimiento a la deriva, el cruzar fronteras sin llegar a ningún sitio se ha convertido en su “nación” (2013, 814). Como dice John Durham Peters, “for nomads, home is always mobile. Hence there is a subtle doubleness here: being at home everywhere, but lacking any fixed ground” (1999, 21).

Juan Antonio Godoy Peñas posee un doble doctorado por Florida International University y por la Universidad Complutense de Madrid. Su tesis, titulada “Memoria, identidad y literatura del yo: narrativas de la segunda generación de escritores exiliados por la Guerra Civil española”, presta atención a las relaciones entre identidad y nacionalismo; el papel de la memoria y el trauma en las obras autobiográficas; y la hibridación cultural de dicha generación. Ha sido *Visiting Instructor* en la Universidad de Qingdao, en China, donde también fue el primer coordinador de un doble programa de español entre dicha universidad y Florida International University. Actualmente es *teaching assistant* en Harvard University y asistente de coordinación de los niveles Intermedio II y Avanzado I. En cuanto a sus intereses como investigador, estos están divididos en dos partes: por un lado, está interesado en la hibridez de los géneros literarios, concretamente, de los géneros autobiográficos, así como en la literatura del exilio y la formación de la identidad a través de los conceptos de nación, tiempo y lengua; y, por otro lado, pertenece a un grupo de investigación que tiene como fin desarrollar tareas y material didáctico que conlleve un mayor involucramiento de los sectores minoritarios en el aula de español.

Juan Antonio Godoy Peñas holds a double PhD in Spanish Literature from Florida International University and the Complutense University of Madrid. His dissertation, “Memory, Identity and Literature of Self: The Narratives of the Second Generation of Spanish Civil War Exiles,” focuses on identity and nationalism, memory, trauma, and autobiographical texts, and cultural hybridization through the narratives of the second generation. He was a visiting instructor at Qingdao University in China, where he also coordinated a dual program in Spanish between that university and Florida International. He is currently a teaching assistant at Harvard University and assistant coordinator for Spanish language levels Intermediate II and Advanced I. His research interests include the hybridity of literary genres, especially autobiographies, literature of exile, and identity formation through concepts of nation, time, and language. He also contributes to a research team that develops teaching material for greater involvement and inclusion of minority populations in the Spanish classroom.

References

Anderson, Benedict

1983 *Imagined Communities*. New York: Verso.

Aínsa, Fernando

2012 *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Madrid: Iberoamericana-Veuvert.

Alted Vigil, Alicia

2002 “El exilio español en la Unión Soviética”. *Ayer* 47:129–154.

Artis, Avel-Í

1976 *La diáspora republicana*. Barcelona: Euros.

Aznar Soler, Manuel y José Ramón López García

2017 *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento.

Blanco Aguinaga, Carlos

2003 “La cuestión de la vuelta en los poetas del exilio mexicano”. En *Las literaturas del exilio republicano de 1939: Actas del II Congreso Internacional (Bellaterra, 1999)*, coordinado por Manuel Aznar Soler, 439–458. Vol 1. Barcelona: Gexel.

2007 *Por el mundo: infancia, guerra y principio de un exilio afortunado*. Irún: Alberdania.

2010 *De mal asiento*. Madrid: Caballo de Troya.

Braidotti, Rosi

2000 *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Traducido por Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós.

Deleuze, Gilles, and Félix Guattari

1977 *Anti-Oedipus*. New York: Viking Press.

1986 *Nomadology: The War Machine*. New York: Semiotext(e).

Di Febo, Giuliana

1997 “Un espacio en la memoria: el paso de la frontera francesa de los exiliados españoles: la despedida del presidente Azaña”. En *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*, coordinado por Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler, 467–483. Barcelona: Gexel.

Fernández, María L.

2011 *Memorias de una máquina de escribir de una niña de la guerra*. Gijón: Concejalía Memoria Social Ayuntamiento de Gijón.

Gellner, Ernest

1983 *Nations and Nationalism*. New York: Cornell University Press.

González de Garay Fernández, María Teresa

2016 “Exilios, identidades y memoria en Carlos Blanco Aguinaga”. En *El exilio vasco: estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunze Arrieta*, coordinado por Iker González-Allende, 257–279. Bilbao: Universidad de Deusto.

González González, Eugenio

2004 “Desarrollo en la adolescencia. Desarrollo psicobiológico y cognitivo. Construcción de la identidad. Desarrollo del autoconcepto y de la afectividad”. En *Psicología de la educación y del desarrollo en la edad escolar*, editado por Eugenio González González y José Antonio Bueno, 309–344. Madrid: Editorial CCS.

Hall, Stuart

1994 “Cultural Identity and Diaspora”. En *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory*, editado por Patrick Williams y Laura Chrisman, 222–237. New York: Columbia University Press.

Houvenaghel, Eugenia

2015 “Cruzando fronteras: espacio e identidad en el ensayo de Angelina Muñiz”. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 44: 87–99.

Houvenaghel, Eugenia, coord.

2016 *Tres aproximaciones al discurso identitario de las escritoras españolas en el exilio mexicano: estrategias para la construcción de una identidad femenina*. México, D.F.: Porrúa.

Joris, Pierre

2003 *A Nomad Poetics: Essays*. Middletown: Wesleyan University Press.

Keefe Ugalde, Sharon

2013 “Configuraciones nómadas en la poesía de Julia Uceda”. *Anales de la literatura española contemporánea* 38 (3): 813–827.

Larraz, Fernando

2011 “Memoria y autorrepresentación. La segunda generación del exilio en su escritura narrativa”. En *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, editado por Manuel Aznar Soler y José Ramón López García, 583–589. Sevilla: Renacimiento.

Mateo Gambarte, Eduardo

1996 *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*. Lleida: Universitat de Lleida.

2013 “El exilio, los exiliados hispanomexicanos, su literatura y la mirada del crítico”. En *El exilio literario de 1939, 70 años después*, coordinado por María Teresa González de Garay Fernández y José Díaz-Cuesta Galián, 67–98. La Rioja: Universidad de La Rioja.

2016 *Exilio, infancia perdida, identidad e imposibilidad de retorno: En el balcón vacío de Jomí García Ascot y María Luisa Elío Bernal*. Pamplona: Leer-E.

2017 “Fisionomía del grupo hispanomexicano”. *Ínsula* 851: 13–18.

McClennen, Sophia A.

2004 *The Dialectics of Exile: Nation, Time, Language, and Space in Hispanic Literatures*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press.

Medina, Tere

2007 *Memorias del exilio: la vida cotidiana de los primeros refugiados españoles en México*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Moya-Freire, Aurelia

2017 *Ma vie en France: Cahier d'exil d'une adolescente espagnole, 1939–1943*. Toulouse: Toulouse Presses Universitaires.

Muñiz-Huberman, Angelina

1992 *Dulcinea encantada*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.

1995 *Castillos en la tierra*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ediciones del Equilibrista.

1999 *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio*. Barcelona: GEXEL y UNAM.

2001 *Molinos sin viento*. México, D.F.: Aldus.

2017 *Los esperandos. Piratas judeoportugueses... y yo*. Madrid: Sefarad Editores.

Patán, Federico

2010 *Una infancia llamada exilio*. México D.F.: Eón.

Pérez Guerrero, Juan Carlos

2004 “Franquismo e identidad en el exilio republicano en México”. *Actas del IV Simposio de Historia Actual: Logroño 17–19 de octubre 2002*, editado por Carlos Navajas Zubeldía, 663–674. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.

Peters, John Durham

1999 “Exile, Nomadism, and Diaspora. The Stakes of Mobility”. En *Home, Exile, Homeland. Film: Media and the Politics of Place*, editado por Hamid Naficy, 17–41. New York: Routledge.

Quemain, Miguel Ángel

2015 “Seudomemorias, hibridrez de la autobiografía y la ficción en Angelina Muñiz-Huberman”. *Laberintos 17*: 381–389.

Rico, Francisco

2014 “Algunos recuerdos de Carlos Blanco Aguinaga”. En *El exilio republicano de 1939: viajes y retornos*, coordinado por Manuel Aznar Soler, José Ramón López García, Francisca Montiel Rato y Juan Rodríguez, 699–700. Sevilla: Renacimiento.

Rius, Luis

1967 “Los españoles en México: historia de una doble personalidad”. *El Heraldo*, 17 de febrero: 6A.

Rivas, Enrique de

2013 “De éxodos, exilios, guerras, poetas y generaciones. Poesía española del exilio republicano de 1939: La segunda generación de poetas del exilio en México”. En *El exilio literario de 1939, 70 años después*, coordinado por María Teresa González de Garay Fernández y José Díaz-Cuesta Galián, 21–36. La Rioja: Universidad de la Rioja.

Rivera, Susana

1990 *Última voz del exilio: el grupo poético hispano-mexicano*. Madrid: Hiperión.

Rodríguez, Juan

2013 “Españoles en casa, mexicanos fuera de ella: Max Aub y la segunda generación del exilio”. *Anales de la literatura española contemporánea 38*: 293–326.

Ruiz, Roberto

1991 “La segunda generación de escritores exiliados en México”. En *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: ¿adónde fue la canción?*, editado por José María Naharro Calderón, 149–153. Barcelona: Anthropos.

Sicot, Bernard

2003 *Ecos del exilio: 13 poetas hispanoamericanos: Antología*. A Coruña: Edición do Castro.

Tasis Moratinos, Eduardo

2004 *El exilio en la poesía de Tomás Segovia y Angelina Muñiz-Huberman*. Bern: Peter Lang. Kindle file.

Vandebosch, Dagmar

2015 “Escribir desde el umbral: exilio y literatura en *El canto del peregrino* (1999) de Angelina Muñiz-Huberman”. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 44: 73–85.